

Ranking de libros

LOS LIBROS MÁS VENDIDOS
Desde el 9 al 15 de noviembre.

FICCIÓN	
1	LAS LUCES DE FEBRERO Joana Marcús / Montena
2	ALAS DE SANGRE. EMPÍREO 1 Rebecca Yarros / Planeta
3	LE DEDICO MI SILENCIO Mario Vargas Llosa / Alfaguara
4	LA ARMADURA DE LA LUZ Ken Follet / Plaza & Janés
5	EL VIENTO CONOCE MI NOMBRE Isabel Allende / Sudamericana
6	TWISTED HATE Ana Huang / Crossbooks
7	HOLLY Stephen King / Plaza & Janés
8	UN CUENTO PERFECTO Elisabet Benavent / Suma de Letras
9	LOS CHICOS DE BILOXI John Grisham / Plaza & Janés
10	DE VUELTA A CASA Kate Morton / Suma

NO FICCIÓN	
1	HÁBITOS ATÓMICOS James Clear / Paidós
2	LA MUJER QUE SOY Britney Spears / Plaza & Janés
3	CÓMO HACER QUE TE PASEN COSAS BUENAS Marian Rojas / Espasa
4	ESTE DOLOR NO ES MÍO Mark Wolynn / Gaia
5	PADRE RICO PADRE POBRE (20 AÑOS) Robert T. Kiyosaki / Aguilar
6	ENCUENTRA A TU PERSONA VITAMINA Marian Rojas / Espasa
7	DEJA DE SER TÚ Joe Dispenza / Urano
8	EL PODER DE QUERERTE María Paz Blanco / Planeta
9	PARA QUE NUNCA MÁS J. E. Cheyre y A. San Francisco / Planeta
10	EL MONJE QUE VENDIÓ SU FERRARI Robin Sharma / DeBolsillo

Librerías consultadas: Artística, Feria Chilena del Libro, Librería Francesa, Lolita, Catalina, Librerías UC.

Los duelos de Victoria Chang

Toda traducción de una obra brillante es motivo de celebración. De pronto un libro admirado viaja y puede llegar a más lectores. El deslumbramiento se comparte. Hoy celebro la llegada al castellano de **Obit**, poemario de Victoria Chang, en el cual explora, con una belleza afilada, las muchas muertes de las que puede componerse una vida.

La primera vez que leí **Obit** de Victoria Chang me quedé temblando. Por su belleza, por su inteligencia. Por la manera de acercarse no solo al duelo, sino a ese antes del duelo que pesa sobre todas las cosas. Desde su título a su última palabra, Chang nos muestra todo lo que se nos muere cada día. Esa posibilidad de dejar ir. Esas muchas vidas y esas muchas muertes.

Porque en **Obit** hay un padre enfermo, pero también enferman las palabras. Mueren una idea de futuro. Los poemas nos pasean por el duelo (los duelos) de lo inevitable. Como si se tratara de un enfrentamiento en el cual alguien vive y alguien ya no. De pronto, la vida sorprende y dispara. Así, en **Obit**, todo se acaba para que otras cosas puedan seguir. El padre de Chang pierde el lenguaje y con ello se van sus palabras y las de quienes lo rodean. El lenguaje se transforma con la anticipación de la pérdida y vamos encontrando varios pequeños obituarios de la propia autora en el proceso (leemos: "Victoria Chang murió, sin saberlo, el 24 de junio de 2009 en la autopista I-405. Habiendo nacido en Detroit, la ciudad del motor, es apropiado que haya muerto en una carretera. Cuando su madre la llamó debido al infarto de su padre, ella vivía una vida accidentada, una golondrina que no se zambulle. Esta no fue su primera muerte"). En un libro anterior, **Barbie Chang**, la autora se preguntaba si era posible hacer el duelo por alguien (o por algo) que todavía no ha muerto, que sigue allí. En **Obit**, la madre también enferma y su lenguaje disminuye hasta desaparecer. Se va con la enfermedad de su marido, se impregna ante la inminencia de su muerte. Chang muestra escenas como en ese cuento infantil de la vendedora de fósforos. Una chispa, una llama breve. La hija que le corta las uñas a su madre en el hospital mientras gotea la morfina. Ese cortar las uñas que no es vanidad sino un



La columna de María José Navía

quedarse con sus últimas palabras. Guardarlas para que rasguen.

Obit ha llegado a librerías chilenas, en una edición bilingüe, de la mano de la editorial nacional Ediciones UACH, y la traducción estuvo a cargo del poeta Carlos Soto Román. Cambia el formato del original, de un libro muy pequeño a algo de tapa dura. Hay un prólogo que explica. Hay otra forma de disponer de la página. Pero la obra sorprende y conmueve en cada una de ellas. Y si bien **Obit** es uno de los libros más impresionantes de Victoria Chang, dista mucho de ser el único. No solo porque cuenta con anteriores poemarios deslumbrantes sino con un extraordinario volumen de cartas imposibles de nombre **Dear Memory: Leterson Writing, Silence, and Grief**. Cartas a destinatarios que no están o bien cartas a fantasmas, que no esperan respuesta. Hay libertad y belleza enorme en ese intento. En esa memoria de inmigrante (de una familia que viaja desde China a Estados Unidos) y que, nos dice ella, se construye al hilar sus recuerdos de niña metiendo galletas de la fortuna en sobrecitos en el restaurante de sus padres, en el revisar documentos oficiales, en compartir fotografías a las que les superpone versos y mensajes manuscritos. En sus cartas habla con sus abuelos, con sus padres, sí, en un nuevo ejercicio familiar, pero también les escribe a profesores que le enseñaron que el lenguaje y la literatura podían ser un refugio. Que las palabras de Emily Dickinson podían llevarse como amuleto o conjuro, que aun cuando no pudiera reconocerse en los personajes de Ernest Hemingway, su dolor la traspasaba y la unía a ellos. Porque cuando todo falla, ahí siguen las palabras y hay en ello una salvación y una esperanza.

En su último poemario, publicado en inglés el año pasado, Victoria Chang vuelve la mirada a la naturaleza. Digo vuelve

porque siempre ha sido una presencia en todo lo suyo, pero aquí se instala con fuerza desde el título: **The Trees Witness Everything**. En su exploración sobre la memoria, el paisaje, los árboles (en este libro), o el pasto (en el de las cartas) le devuelve también pedacitos de memoria. Así, en ese último, le escribe una carta a D., alguien que le hizo *bullying* de niña y de quien se entera ahora en la adultez vía Facebook. Le escribe sin rabia, pero regresa: piensa que ese lugar por el que corrían, esa pista de pasto en la cual él se giraba, corriendo, para gritarle "eres fea", se quedó con algo de esa memoria y ese dolor. Si, recordando a Gabriela Mistral, podemos decir que el dolor nos hace crecer el árbol del luto en el cuerpo, en Victoria Chang es el paisaje completo el que se estrema y nos guarda durante el duelo. Y hay en esto algo hermoso, algo brillante: pensar que, frente a tanta muerte, hay algo en ese paisaje que queda. Un quedarse que es por supuesto una ilusión pues sabemos que en la naturaleza también todo cambia. Todo vive, todo muere. Pero los árboles lo ven todo. Son siempre nuestros testigos.

Toda traducción de un libro brillante es motivo de celebración y qué grandioso cuando se trata de poetas de la talla de Chang. Entonces sueño y pienso también en otras posibles: en Aracelis Girmay con su **Kingdom Animalia**, en Ada Limón (la nueva Poet Laureate de Estados Unidos), con esa maravilla que es **The Carrying, Bright Dead Things** y **The Hurting Kind**; o, si seguimos hasta Canadá, esa belleza y dolor enorme de la obra de Chelsea Dingman (que acaba de publicar, hace unas semanas, el estremecedor **I, Divided**). Pero, mientras esperamos a que ellas desembarquen a nuestro idioma, ojalá en una nueva y bella edición bilingüe, nos queda la alegría de celebrar la llegada de Victoria Chang, y no dejar de leerla y recomendarla.

Reseña:

Todos somos animales humanos

Contra la falta de un sentido común, el nuevo ensayo de Diana Aurenque, **Animal ancestral**, propone una política del amparo. Ello supone reconocer que somos más que mera razón y ver a los otros, también a los otros animales, como propone John Berger en **Por qué miramos a los animales**.

JUAN RODRÍGUEZ MEDINA

Somos animales enfermos, dice Diana Aurenque en su libro homónimo, publicado el año pasado. Como respuesta a esa debilidad hemos creado artificios, desde la ropa a los estados, una cultura que nos permite hacer frente al mundo. Esa es nuestra salud. Hoy, sin embargo, el derrotero cultural humano nos tiene sumidos en la falta de sentido, de arraigo, atomizados, desamparados; somos sociedades enfermas, afirma la filósofa chilena en su nuevo ensayo, **Animales ancestrales** (Herder), sociedades que, en nombre de un individuo devenido individualista, ya no hacen comunidad. Los síntomas van desde la soledad de las personas al avance de autoritarismos que manipulan la necesidad de arraigo.

Como intento de avanzar a sociedades o relaciones más sanas, la autora propone ir hacia "una política del amparo". Esta supone desprenderse de la mentira de que somos seres puramente racionales y autosuficientes, casi divinos; o mejor, implica recordar que la racionalidad también es emocional, diversa y comunicativa. Que el animal racional también es social y natural (parte de la naturaleza).

Se trata, entonces, de rescatar del olvido nuestra animalidad y, más precisamente, nuestra animalidad y racionalidad ancestrales; es decir, "el hecho de que el pensar y la racionalidad humanos vienen siempre anclados al cuerpo especial —mitad animal, mitad narración— que somos", y que de ello deriva una temporalidad compartida con nuestros antepasados inmediatos, claro, padres, madres, abuelos y abuelas, pero también con toda la humanidad pasada y futura, y con nuestros contemporáneos. Somos biología e historia. Si indivi-

dualmente somos animales enfermos, colectivamente somos ancestrales.

No ver eso, o no oírlo, porque Aurenque apuesta por el oído de la vista, es lo que nos desarraiga y aísla. Y nos deja entregados a una emocionalidad histórica, propia de individuos estresados, prestos a la reacción y el enfrentamiento, y desconectados del planeta que habitamos.

Poner atención a que hay otros, a que en nosotros y más allá de nosotros hay algo más que las definiciones de la razón tecnocientífica, ese llamado y hasta emparentamiento emparenta la reflexión de Aurenque con la que hace el escritor y crítico de arte John Berger en **Por qué miramos a los animales** (Alfaguara). El libro recoge ensayos, además de un relato y un poema, en los que el autor reflexiona sobre nuestra relación con los animales, cómo se ha transformado esta, especialmente en la modernidad, y qué dice eso de nosotros.

Convertidos en objetos, desde materia prima hasta juguetes, ya no vemos a los animales. Y quizás también eso es signo de que nos dejamos de ver a nosotros. "Los ojos de un animal cuando observan al hombre tienen una expresión atenta y cautelosa. El mismo animal puede mirar a otra especie del mismo modo. Pero, salvo la humana, ninguna otra especie reconocerá la mirada del animal como algo familiar. El hombre toma conciencia de sí mismo al devolverla", dice Berger.

Ni Aurenque ni Berger proponen una disolución de todo límite entre lo humano y lo animal, o

mejor, entre el animal humano y los otros animales. Se trata de mirarlos, reconocerlos, para mirarnos y reconocernos, para guardar las semejanzas y las distancias, para, entre otras cosas, no aplanar todo, todas las cosas, todos los animales, también a nosotros, en objetos a disposición de un tiempo acelerado, un espacio atomizado y una política de unos contra otros que nos termina oprimiendo a todos, precisamente porque no nos deja ser.



POR QUÉ MIRAMOS A LOS ANIMALES
John Berger
Alfaguara, 2023,
164 páginas,
\$15.000.
ENSAYOS

Puede suceder, dice Berger, "que, de pronto, inesperadamente, y con mucha frecuencia en la media luz de las miradas furtivas, columbrems otro orden visible que se cruza con el nuestro y no tiene nada que ver con él". Esa apertura hace a lo humano. "Durante un momento, la energía de nuestra percepción se hace inseparable de la creación", anota el autor inglés. Y también: "El prado ante el que nos hemos detenido parece tener las mismas proporciones de nuestra vida".

Somos humanos desde el momento en que un primate tuvo conciencia o "experiencia de lo otro como otro de sí", escribe Aurenque. "Redescubrir la animalidad del ser humano implica rehabilitar el cuerpo como conductor y origen de todo sentido y de toda comprensión".

Al parecer, se trata de alejarnos del camino —único— que lleva a la nada o al mero espejo, a la autorreferencia que ignora y nos hace pasar de largo de lo animal y entonces de lo humano: "Auschwitz", advirtió Adorno, "comienza cuando alguien mira un matadero y piensa 'éstos son solo animales'".



Pirque, estaba Hotel Las Majadas

En el campo, cercano a la cordillera y a destacadas viñas, este hotel permite un descanso total y poder disfrutar de la gastronomía local. Un paréntesis de relax en un parque centenario cerca de Santiago.

Socios \$256.000
(Público general \$320.000)
Stock: 22

Incluye:

- Alojamiento para dos personas en base a habitación doble / Parque Superior.
- Cena dos tiempos (excluye grilla) en Restaurant Sequoia, incluye una bebida o copa de vino.
- No incluye consumo extra en Restaurant, bar del hotel y taberna.
- Disponibilidad en base a ocupación.
- Programa no reembolsable ni acumulable a otras promociones.

Venta en Casas Club de Lectores y www.clubdelectores.cl/tienda

Producto no susceptible de devolución en base al derecho de retracto consagrado en el artículo 3 Bis de la Ley N° 19.496. El robo, pérdida o extravío de los tickets es de responsabilidad exclusiva del portador. Los porcentajes de descuento aplicados, son siempre sobre precios de referencia de los productos